

TÍTULO: NUESTRA RAZÓN DE SER: HERMANDAD

Hemos oído decir, acerca de las grandes ideologías de nuestra época, que unas han conseguido desarrollar plenamente la libertad, otras en cambio, han alcanzado un grado aceptable de igualdad entre los individuos, pero ninguna ha logrado la fraternidad. Y es que ésta se ha resistido a todos los que han pretendido conquistarla en ámbitos ajenos a su origen, a la fuente de la que mana.

No hace mucho, escuché una crítica, muy acertada, acerca de la labor humanitaria, tan reconocida en nuestra sociedad, desde todos los niveles. Se afirmaba que todos los esfuerzos por ayudar al más necesitado están abocados al fracaso si no se anhelaban desde lo más profundo del corazón, si no se sentía como un imperativo inaplazable.

Sin embargo nuestra sociedad, que ha obtenido un aceptable grado de libertad, así como de igualdad, al menos ante la ley, reconoce que ese vacío que se palpa, esa fría sensación que percibimos en las relaciones humanas, es causa de la ausencia de fraternidad, y no le falta razón.

El anhelo del hombre es ser y sentirse amado. Fuera de esto no alcanzará felicidad alguna. Por ello, hoy en día, se trabaja por “humanizar” aún más nuestras relaciones, dotándolas de verdadero afecto, dándoles en definitiva, “alma”.

Si nos acercamos a observar esta labor ejercida desde los primeros tiempos por nuestra Iglesia, comprenderemos fácilmente su fulminante éxito expansivo, su vigencia, perpetuidad. Pues la exigencia del amor fraterno, hacia los demás hombres, es el camino hacia la felicidad plena y eterna junto a Dios.

Así lo entendieron los que actuaron conforme al Nuevo Mandamiento en épocas pasadas. Enseñando la verdadera grandeza del hombre, su capacidad de amar sin límites. Abriendo perspectivas impensables para el desarrollo de la persona, que han conducido al nivel de bienestar que gozamos y a la abrumadora cifra de derechos que disfrutamos, pero a los que hemos arrancado su espíritu, y que ahora, determinadas sensibilidades pretenden recuperar.

En definitiva, nuestra sociedad desea recuperar los valores que nacieron del Evangelio, esa buena nueva, que la Iglesia difundió y difunde hoy como lo que fue, es y será siempre, el camino para alcanzar la bienaventuranza.

En nuestra Iglesia, durante siglos, han surgido “Hermandades”, asociaciones de hermanos en Cristo, con fines diversos, devocionales, misioneros, todas defensoras de la fe y con un claro propósito de ejercitar la hermandad entre los hombres. Tales asociaciones son y han sido escuelas donde aprender y ejercer la bondad con el hermano.

Y es que la hermandad, ese ámbito en el que te sientes hermanado, acogido, donde puedes querer y ser querido, fuera de los estereotipos falsos y vacíos del compañerismo-camaradería hipócrita imperante, es un refugio, un hogar al que todos tienen acceso por el simple hecho de ser, de existir como hombres, a imagen de Dios. Donde no tienen ni deben demostrar habilidades para ser aceptados, donde todos tienen cabida, donde nadie está de más, donde nadie es rechazado, en definitiva, un lugar donde puedes toparte con Dios en el hermano.

Por todo esto, nuestras Hermandades son un buen medio donde ejercer y practicar el Mandamiento Nuevo. Aunque hay que advertir que en ellas, también se pueden encontrar actitudes contrarias a su propio espíritu, tales como divisiones, enfrentamientos y oposiciones de sus miembros, o lo que es aún peor, el deseo de retirada de algunos miembros de las mismas, con el fin de ocupar sus puestos, o sencillamente de apartar a personas que les son menos gratas. Pues quienes actúan así demuestran una evidente ignorancia de lo que son y significan tales asociaciones, que nada tienen que ver con otras de ámbitos ajenos al espiritual como son el político, el cultural, etc.

Porque quienes actúan así, ignoran así mismo, que ésa es la manera más eficaz de destruir unas asociaciones que hicieron un mundo más acogedor y fraternal en el pasado, que aún tienen mucho que ofrecer en este sentido a la sociedad y que fueron y son hoy, un pequeño trozo de gloria, si no adulteramos sus principios esenciales.

María del Rosario de la Chica Moreno